



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9272

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.
Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico, en letras de fácil cobro, —responsables en París, A. J. Goussier, rue Cambertin, 61, y J. Jones, Faubourg de Valenciennes, 11, en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

MARTES 27 DE SEPTIEMBRE 1892.

BAÑOS TERMALES DE FORTUNA

Se han abierto al público desde primeros del corriente hasta los próximos días del próximo Noviembre. Sus aguas no tienen rival en las afecciones catarrales, reumatismos, parálisis y afecciones nerviosas. Instalaciones cómodas y económicas. Hay Fonda y Hospedería.—Coches para el establecimiento. Estación Arebena. Para más detalles en la Administración del Balneario.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería. **Precios fijos. Entrada libre.** Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS.

OSIAN TITO RONJOR
A
MAXIMO LULIO
(CONTINUACION)

XLII.

Debes ser amigo de tus amigos. La amistad es una necesidad del corazón ó de nuestra naturaleza social, ó ambas cosas á la vez, del propio modo que puede ser un mito ó un juego de intereses más ó menos bastardos ó más ó menos legítimos. Ante esta observación hay que buscar al verdadero amigo con aquella linterna con que buscó Diógenes la verdad en pleno reinado de los sofistas.

XLIII.

Hay quien no puede hablar, si no es lisonjeando sus oídos con alardes de sabiduría ó de poder. No formes parte del auditorio de estos industrialistas que, á manera de sacamuestras, no persiguen otro fin que explotar la ignorancia ó la buena fe de los tontos ó de los crédulos. No olvides que ciertos diplomas producen el mismo efecto para quien los expide, que para aquel á quien van expedidos.

XLIV.

Para aquellos que viven al día, la fortuna es siempre fortuna y la desgracia, desgracia. En tanto que aquella les lisonjea, les inflama ésta. Para quien relaciona el presente con los cambios del porvenir, no puede ser un secreto, que la fortuna es muchas veces fuente de desgracia, y que ésta es del propio modo origen de aquella. En el encañamiento de los hechos de la vida, se rompe fácilmente uno de los eslabones que nos ligan á la serie de sus accidentes fortuitos.

Esta raptura no constituye, es cierto, una verdadera solución de continuidad. El eslabón se rompe; pero su reemplazo es inmediato ó simultáneo.

Así tiene ó no tiene lugar la transformación. ¿Quién puede penetrar los secretos del porvenir? ¿Quién domina la carrera de la vida? Los hombres de experiencia no dudarán de la verdad de estos hechos.

Los jóvenes, como tú, deben tenerla en cuenta y contener el corazón dentro de la reflexión propia de los excesos á que se presta todo extremo en la desgracia ó la fortuna. Reflexiona, pues, sobre los accidentes de una y otra, y habrás cerrado la puerta al más glacial estoicismo, tan luego como encuentres el justo medio que te abonen la razón y la experiencia.

XLV.

Los críticos, á la usanza antigua y moderna, han sido y son otros tantos Pícos de la Mirandola, dispuestos siempre á escribir y hablar de *omni re scibili*. Si quieres buscar ideales en el arte, en la literatura, en la filosofía ó en la ciencia, búscalos en esos censores del saber y del ingenio humanos, y no sueñes en principios ni reglas que te puedan conducir á la posesión de la verdad, de la belleza ó del bien. Siguiendo estas observaciones, entrarías en el dominio de la opinión pública que á su gusto forman esos artifices de las ideas y sentimientos que á toda costa pretenden imponer; pero, meditando un poco, deducirás que te alejas del fondo de la verdad que te acredita, que es más fácil censurar y criticar que ejecutar y producir.

¿Por qué ellos, que tanto censuran y entienden, no ejecutan ni producen con sujeción á sus principios y sus reglas?

Acepta con cautela toda crítica de estos fiscales, que por lo general obran fuera del ministerio de la ley que preside á todo orden del conocimiento humano.

XLVI.

Debemos manifestarnos siempre tales como somos, sin otro límite que aquel que imponen las conveniencias sociales.

Por ello no debemos temer que se nos moteje ó critique. A este propósito recuerda que Marco Aurelio fue censurado acremente, porque lloró la muerte de su preceptor, y que el emperador Antonino, increpó á los que así le censuraban, diciéndoles: «permítidle que sea hombre, porque ni la filosofía ni la corona, hacen á los hombres insensibles.»

(Continuará.)

CORREO DE SEÑORAS.

LAS JOYAS.

Ya hemos dicho que nunca han estado tan de moda como ahora las joyas. Por todas partes se ve oro, diamantes, perlas y piedras de diferentes colores, que centellean y brillan en los cabellos, en el pecho y hasta sobre las faldas. Estas magnificencias, que en otros tiempos pertenecían solamente á las grandes señoras, se han generalizado ahora, y hasta las más insignificantes

toilettes se adornan con brillantes constelaciones.

Hacen furor esos pequeños objetos, que bajo cien diversas formas vemos por todas partes.

En una palabra, las joyas forman legiones que se presentan en mil nuevas seductoras variedades. ¿Cómo no citar los peñecitos *Carmen*, los alfileres de concha enriquecidos con perlas, los alfileres de oro que se llevan en los sombreros, y los demás alfileritos de capricho que sirven para sujetar los lazos, los *fl-chás* de encaje, etc?

Para los cuerpos-blusas que se llevan este verano se necesitan cinturones sujetos por una hebilla, y ya se sabe que no carecen de ellas. Pues ¡y los broches Luis XV y Luis XVI, las placas Renacimiento y los cinturones *shatelines!*

Una amiga nuestra ha tenido la feliz idea de hacer montar en alfileres pendientes antiguos, á propósito para tal arreglo.

Y ya que decimos que las joyas están muy de moda, digamos también que nunca han estado los diamantes más baratos; abundan y constituyen, como los objetos de plata y los juguetes de sobremesa, un fondo precioso en las familias. Nunca se gastan, conservan siempre un gran valor intrínseco y se transmiten de generación en generación como una fortuna, y además como recuerdo.

Deben tener, á ser posible, aderezos completos, lo que es de mejor gusto que las joyas distintas; también es preciso que haya armonía entre éstas y las *toilettes*. Las perlas blancas, el oro y los diamantes sientan bien con todos los colores; pero el rubí y el coral no armonizan más que con las *toilettes* blancas, negras ó grises: las turquesas son muy lindas sobre un tejido granate ó gris, pero no armonizan sobre los colores heliotropo.

Atendiendo á esta regla de la armonía, vale más escoger joyas que armonicen fácilmente con toda clase de trajes, y podemos en tal caso tener la seguridad de que nos adornaremos siempre con distinción y gusto, que son los dos elementos de la verdadera elegancia, elementos que se completan, el uno por medio del otro, y que no pueden existir separados.

Digamos ahora que el lente con mango de concha, del cual se ha abusado con ostentación ridícula, ha sido abandonado por algunas mujeres de gusto, que prefieren el monóculo que se sujeta al cuerpo por medio de una cadenita de oro, no más larga que lo que se necesite para que pueda llegar al ojo.

Hablaremos también de las alhajas que llevan los hombres, puesto que á veces y con justos motivos, las mujeres las miran con más interés que ellos.

El buen gusto pide que los hombres gasten alhajas con mucha sobriedad, hasta en la *toilette* de noche.

Su adorno se compone de alfiler para la corbata, botones hermanados para la pechera y los puños, sortija y *chevalière*.

El lujo en los alfileres de corbata no tiene límites; siempre perlas ó piedras rodeadas, ó bien una media luna, una herradura, dos coronas entrelazadas, etcétera.

Los botones de pechera son también extremadamente variados; sin embargo, es de buen gusto llevar para paseo sencillos botones de oro. Con frac se puede llevar una perla ó una piedra de color con cerco de brillantes. Tres pequeños botones de perlas ó tres diamantitos montados en solitario, son, á nuestro parecer, lo más lujoso y distinguido que hay.

Cuanto á los botones de los puños, vuelven á presentarse los pequeños gemelos unidos por medio de una cadenilla.

Gran lujo en sortijas para los hombres. No decimos esto para ensalzar la moda

de algunos americanos, y que consiste en llevar muchas sortijas adornadas con gruesos diamantes, pues esto es feo y de mal tono.

La moda consiste en anillos de oro mate con piedras de color engarzadas en ellos.

A título de curiosidad, señalaremos la serpiente que da vueltas varias veces al dedo, y cuya cabeza está adornada de un solitario ó un rubí.

Se usa también un anillo de plata con corona de flores de lis en relieve, es el anillo normando; otro que está adornado en toda su parte superior con una cifra ó con un blasón.

La moda de los sellos ha caído en desuso.

Los hombres llevan á la inglesa una larga cadena de plata, á la que va sujeto todo un arsenal, y que no mide menos de 40 centímetros de longitud; en su extremidad superior hay un mosquetón de resorte, de forma triangular, en el que se cañilan toda clase de objetos de plata: corta-plumas, llave de la habitación, portamina-cortacigarros, etc., etc. Todos estos objetos van á parar al bolsillo del pantalón, colocado hacia atrás en la cadera derecha: el bolsillo de la pistola.

Una novedad muy interesante consiste en llevar para luto, no las alhajas especiales de azabache, esmalte ó madera endurecida, sino las que cada cual posee rodeadas de crespon negro. Las alhajas así veladas, piden, seguramente, mucha perfección en el trabajo y ciertos gastos, pero presentan una idea original y que no carece de éxito en el mundo de los elegantes.

La receta de la semana.

Cerveza casera.—He aquí una receta para hacer en casa una cerveza muy sana. Se echan en un cántaro 11 litros de agua, se añaden dos puñados de lupulo, un vaso de *pinga*, y se cubren con azúcar, la flor de saúco que cabe en una cuchara para sopa y dos pequeños puñados de granos de gougibre. Se tapa el cántaro que se debe dejar en un sitio caliente; por ejemplo, en una cocina. Se remueve la mezcla dos veces diariamente durante cinco días, y luego se cuela por un tamiz ó por un lienzo antes de embotellarla. Se tapan las botellas introduciendo mucho los taponos y se dejan caídas durante doce horas; después se levantan para que no salten los taponos. Con un cuarterón de lupulo se pueden hacer catorce veces los 14 litros.

MARIA.

VARIEDADES

COLABORACION INEDITA.

EL IDILIO DE UNA COPA

No sé cómo pudo ser—me dijo mi apasionada amiga—pero la atracción misteriosa de la simpatía primero, después la agradable tarea de recomponer en mi memoria las líneas de aquel rostro bondadoso y sereno, de gruesos labios y abultados carrillos, donde había no sé qué prestigio atrayente de nobleza; más tarde llegando á mi noticia que aquel hombre era literato, es decir una persona culta, sensible, llena de matices exquisitos; luego leyendo como una enamorada sus escritos y siempre saboreando con la imaginación las particularidades de su persona, y deteniendo mi idea en su bigote blanco, en sus carrillos gruesos, en su mirada noble y serena, en su simpatía de hombre algo obeso que hace noble abandonado de sí y que no sabe en ese abandono y en esa desposesión de orgullo está su simpatía, llegue insensiblemente, por grados, por evolución lenta y segura á enamorarme de su persona, de su ser, de su alma y de su cuerpo, pero con una fuerza inerebrable.

Por razón imposible de revelar—continuó mi amiga—por razón hasta de naturaleza, es un absurdo, un caso extraordinario que yo haya podido sentir eso amor.

Yo en la edad de la juventud, él ya próximo á la de la vejez, y no habiendo de común entre ambos más que la inclinación por lo bello, por el arte, por las cosas sublimes de la tierra, no puedo explicarme semejante simpatía.

Atacada, devorada por su persona que me envolvía en una atmósfera loca, ardiente, atmósfera dijérase hecha de besos, deseaba aproximarme á él, oír su voz, porque hasta entonces mi palabra no había tenido cruce de amor con la suya.

Mi situación especial, la libertad absoluta de que disfruto, mi arresto de hablar á todo trance con aquel hombre, cuyo apellido Bernard ocupa toda mi alma y todo mi cerebro, y constituye mi cielo y mi gloria, eran condiciones en apuro para que yo quisiera en juego un apellido, una maña á fin de estar cerca de él y verle á mi sabor durante algunas horas.

Ese momento llegó, y no tuve yo que disponerlo.

Mi literaria significación, mi entusiasmo por el arte, eran bandera que amparaba y defendía mi presencia en ciertos sitios.

Llegó una noche en que se daba un banquete, una *festa intelectual*, á un literato de fama; á nadie extrañaría que yo, autora celebrada y llena de prestigio en el arte, asistiera á aquel banquete á rendir un tributo de admiración.

Mandé incluirme en la lista de comensales y gradué el tiempo para cuando todos estuviesen sentados en torno de la mesa, entrar yo y elegir sitio; como todos incluso el mío, estaban ocupados, yo hice reclutar los asientos á fin de que me dejasen mi hueco.

Sabia yo que el hombre de aquella *aventura* mía, tendría su puesto en la fiesta.

Entré en la sala que brillaba con cien mil resplandores escapados de las arañas artísticas, de las liras de acero pendientes del techo, de la cristalería vibrante de donde, como *repeticiones de luz*, rebotaban los rayos abriéndose en largos abanicos.

En el centro de la mesa, ramos de flores, enojadas de vivir en atmósfera tan abrasada, se estrechaban en polifonía armonía y se alineaban puestas en grandes jarrones, que tenían chinos pintados en el vientre, quitasoles fastuosos y pájaros de alas azules.

Había desafíos de soberbia entre las resplandecientes lámparas y las pinturas, entre el cristal y el color de las telas bordadas, entre el ingenio y la exuberancia de luz que convertía en incendio la sala.

Recorrí con los ojos el óvalo de la mesa, en torno del cual se hallaban nuestros más famosos hombres de letras, vi el asiento que ocupaba el hombre que me llevaba á aquel sitio; y entre los aplausos que me prodigó la concurrencia, fui en demanda de espacio, cerca de mi enamorado indiferente.

Relucieron las sillas, quisieron de todos los lados de la sala ofrecerme puesto donde estar, y por fin caí, no al lado precisamente del simpático hombre, sino teniendo entre él y yo, un actor muy estimado del público, con el cual trabé conversación amistosa.

Los que no hayan presenciado una *festa* de escritores, uno de esos banquetes en que se rinde tributo de admiración á un poeta, á un crítico, á un novelista, no sabe lo que es una *jaula* de locos.

Se habla á gritos, se dicen chistes que provocan carcajadas; se promueve un